

Reseñas

Alenka Guzmán, *Las fuentes del crecimiento en la siderurgia mexicana. Innovación, productividad y competitividad*, México, Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2002, 502 pp.

FRANCISCO ZAPATA*

Los procesos de cambio que tuvieron lugar en México entre 1986 y 1991 desencadenaron transformaciones importantes en las formas de producir acero. Una vez que el Estado mexicano tomó la decisión de privatizar las empresas siderúrgicas integradas que eran de su propiedad, lo que ocurrió mucho antes de que ese propósito fuera llevado a la práctica, tanto en SICARTSA (Siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas) como en AHMSA (Altos Hornos de México) se llevaron a cabo procesos de reestructuración tecnológica, organizacional y laboral que buscaron que esas empresas fueran atractivas para el capital privado.

Si bien la decisión de privatizar estaba tomada desde mediados del sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988), fue sólo entre 1989 y 1991 que pudo ser llevada a cabo, y esas dos empresas pasaron a ser propiedad de intereses privados, tanto nacionales como extranjeros. Para poder encontrar compradores, el Estado tuvo que subdividir las empresas, modificar los contratos colectivos de trabajo e idear esquemas financieros que hicieran viable la compra, por los intereses privados.

Es de interés constatar que entre 1994 y 2002, ese panorama ha dado lugar a la publicación de varios trabajos de investigación económica e histórica que han reconstituido el desarrollo de la industria siderúrgica y las formas en que su componente estatal se privatizó.¹ Cabe subrayar que estos estudios han demostrado a) la

* El Colegio de México.

¹ Véase Isabel Rueda Peiro (coord.), *Tras las huellas de la privatización. El caso de Altos Hornos de México*, México, Siglo XXI Editores, 1994; Daniel Toledo y Francisco Zapata, *Acero y Estado. Una historia de la industria siderúrgica integrada de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1999; Isabel Rueda Peiro y Nadima Simón Domínguez (coords.), *De la privatización a la crisis. El caso de Altos Hornos de México*, México, Porrúa/UNAM, 2001; Jorge Martínez Aparicio, *Integración regional e internacionalización del capital en Lázaro Cárdenas, Michoacán*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2001, tesis de doctorado.

importancia de la siderurgia en el desarrollo económico de México, *b*) el peso que tuvo en dar valor a recursos naturales y en proporcionar las bases de la expansión del sector manufacturero, *c*) en crear una fuerza de trabajo altamente calificada, *d*) en inducir procesos de desarrollo regional alrededor de las instalaciones siderúrgicas y *e*) constituir una serie de organizaciones sindicales que lucharon por mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los obreros del acero.

Después de 1991, año en el cual la industria siderúrgica pasó a manos privadas, tanto nacionales como extranjeras, los estudios más recientes, sobre Altos Hornos de México y sobre lo que fuera SICARTSA, han discutido en detalle los resultados que esos intereses privados obtuvieron una vez que se hicieron cargo de la administración de las empresas.

El libro de Alenka Guzmán contribuye significativamente al análisis de los resultados de la privatización de la siderurgia. Presenta los siguientes puntos: *a*) una discusión teórica pertinente acerca de los determinantes del crecimiento y de la productividad del sector en la década de los noventa; *b*) explica cómo se ha dado el impresionante aumento de la producción, la que se ha duplicado desde 1980 a la fecha, pasando de 7 156 069 toneladas en 1980 a 15 299 000 toneladas en 1999; *c*) aborda la cuestión de los efectos de la globalización y las consecuencias del Tratado de Libre Comercio de América del Norte sobre la evolución de la siderurgia y sobre el incremento importante de las exportaciones del sector; *d*) busca puntualizar cómo los cambios de la competencia internacional afectaron a esta industria; *e*) también reseña la modernización tecnológica del sector a partir de la privatización, la que se pudo realizar sobre las bases que se habían establecido por las políticas de reestructuración que el Estado había aplicado en la década de los ochenta; *f*) y, a partir de un análisis detallado del caso de Hojalata y Lámina (HYLSA), proporciona antecedentes sobre la capacidad de innovación tecnológica de esa empresa.

El estudio de caso sobre HYLSA es útil para mostrar que es posible innovar tecnológicamente en la periferia del sistema capitalista y que esa innovación puede contribuir a incrementar la competitividad de las empresas. Además, la experiencia de HYLSA es un ejemplo de utilización eficiente de la capacidad instalada, del logro de altos niveles de calidad en sus productos y de la posibilidad de generar ventajas comparativas.

El análisis presentado en este libro tiene gran utilidad para evaluar la dinámica del “nuevo modelo económico”,² a partir de un estudio sectorial en México. La dinámica de dicho modelo tiende a descansar en su base de sustentación externa. El papel del mercado interno es muy débil y el estancamiento relativo de la economía mexicana desde 1982 no ha hecho sino reforzar esa dinámica.

En efecto, los resultados expuestos muestran que, a pesar de las sucesivas reestructuraciones, la realizada por el Estado y por los intereses privados, y a pesar de la

² Véase Nola Reinhart y Wilson Peres, “Latin America’s New Economic Model: Microresponses and Economic Restructuring”, *World Development*, septiembre, 2000. También véase Jorge Katz, “Structural Change and Labor Productivity Growth in Latin American Manufacturing Industries 1970-1996”, *World Development*, septiembre, 2000.

capacidad que tuvo la siderurgia para penetrar en los mercados externos a través de un significativo incremento de sus exportaciones, ello no ha impedido que el sector funcione en forma precaria desde el punto de vista financiero,³ dado que gran parte de la modernización se ha hecho con créditos en moneda dura que las empresas y sobre todo AHMSA han tenido muchas dificultades en poder pagar. La situación financiera precaria tiende a agudizarse por la baja capacidad de gestión de los “nuevos” empresarios de la industria del acero y la falta de una visión de largo plazo en sus decisiones de inversión.

Además, los datos incluidos en el estudio muestran que los incrementos de productividad que han tenido lugar, a pesar de ser reflejo parcial de sus esfuerzos de innovación, son en gran medida resultado de los despidos de casi la mitad de la fuerza de trabajo que el sector empleaba en 1980. La disminución del empleo de 64 377 trabajadores en 1980 a 35 125 trabajadores en 1997 (-45%) confirma los resultados que Reinhardt y Peres encuentran para otros casos en América Latina. El “nuevo modelo económico” ha permitido la inserción de algunos sectores productivos en el mercado internacional a costa del sacrificio de miles y miles de empleos calificados.

Por lo tanto, existen dos posibles lecturas del libro de Alenka Guzmán.

La primera lectura enfoca los aspectos positivos que se refieren a la capacidad de renovación de la siderurgia a partir del cambio de modelo de desarrollo y de la puesta en marcha del “nuevo modelo económico”. Esa renovación se expresa para la siderurgia mexicana en un aumento notable del volumen de la producción y en un incremento de las exportaciones y en la satisfacción de la demanda interna de acero.

La segunda lectura enfoca los aspectos negativos, no mencionados por la autora, y que tienen que ver con la fragilidad financiera del sector, con la incapacidad para crear fuentes de trabajo, lo cual tiene repercusiones dramáticas, desde el punto de vista social, en localidades como Monclova (sede de la planta de AHMSA) o en Lázaro Cárdenas, Michoacán (sede de las nuevas empresas derivadas de lo que fuera SICARTSA), y con la falta de eslabonamientos verticales con las pequeñas y medianas empresas que les proporcionan servicios.

En suma, el libro de Alenka Guzmán contribuye al análisis de los aspectos propiamente económicos de la modernización de la siderurgia mexicana y de su estructura actual. Muestra cabalmente que la siderurgia fue capaz de renovarse, de mejorar el uso de su capacidad instalada en forma notable, de penetrar los mercados internacionales y de innovar tecnológicamente. Todo lo anterior se realiza con información actualizada, de gran calidad, que permite profundizar el acervo de nuestros conocimientos acerca de la siderurgia mexicana en su fase actual de desarrollo.

³ Como lo demuestran claramente Nádima Simón y Dulce Ramírez en su capítulo “Evolución financiera de Altos Hornos de México y su crisis actual”, en Isabel Rueda y Nádima Simón, *De la privatización a la crisis. El caso de Altos Hornos de México*, Porrúa/UNAM, 2001.

Roman Gubern, *Máscaras de la Ficción*, Barcelona, Anagrama, 2002, 502 pp.

JOSEPH HODARA*

Diré ante todo quién *no* debe leer este libro. Pues le será inútil o tedioso. O lo arrojará con un bostezo despreciativo. A mi juicio, no debe leerlo quien cree a pie juntillas en el armazón transparente y unilineal de la realidad. No le obsequiará atención quien profese que toda fantasía es sueño evanescente, o una fuga esterilizante, o un entretenimiento divagador de la mente. No tomará este abultado texto quien con ligereza fácil adopta una doctrina refractaria a modificaciones, o estando tan seguro de sí mismo no es capaz de arriesgarse a encarar una fastidiosa e inesperada interrogante. Ni es aconsejable al lector ya comprometido con un horizonte disciplinario ordenado o con una teoría explica-todo o con un tema que masculla sin cesar como único platillo que define su gusto y su destino. Para todos ellos estas páginas están generosamente vedadas. Deben aparecer en el *Index* de lecturas prohibidas que no pocos confeccionan por falta de tiempo, de interés o de asombro. O porque ya poseen —y son poseídos— por la Verdad personal o revelada. Para ellos este libro es prescindible.

Los capítulos magistralmente enhebrados por Gubern (semiólogo, cronista de cine, analista penetrante de imágenes, iconos y símbolos) abordan un racimo de temas vinculados con el imaginario colectivo de Occidente. Le obsesionan los arquetipos, esas construcciones míticas que desde Platón a Jung seducen a las masas y también presiden el inconsciente de los textos. O para formularlo con más rigor: se ocupa de “las ficciones que son proyecciones delirantes que nacen de la convergencia del imaginario de cada autor con la receptividad selectiva de la sociedad...” (p. 10).

Empieza con la sombra y el espejo, asuntos que han alterado (más que suscitado) la atención de literatos y psicoanalistas, desde Chamisso a Borges, desde Poe a Otto Rank. ¿Qué le ocurre al hombre que trueca su sombra por algunas monedas de oro? ¿Es la sombra un juego oscilante de la luz o una extensión de nuestro ser? ¿Y qué miramos cuando nos miramos en un espejo? ¿Nuestra imagen o la imagen del otro, o de esos otros que nos habitan y juegan dentro de nosotros un complicado ajedrez? ¿Y qué yace *detrás* del espejo? ¿Un vacío u otra realidad?

La sombra y el espejo se correlacionan con el tema repetitivo del *doble*, término germano que acuñara Jean-Paul Richter en 1796. Asunto que traduce el dualismo cuerpo/alma, vida/muerte, día/noche, belleza/fealdad, superego/instinto, que autores tan diversos como Maupassant, Hoffman, Poe, Wilde, Stevenson, Henry James, Freud, indagaron con perspectivas y lenguajes divergentes. En este contexto, Gubern examina (pp. 15 y ss.) *La maravillosa historia de Peter Schlemihl* fabulada por Adelbert von Chamisso en 1814. En este relato, Peter —curiosamente para la época representa un antihéroe judío si nos percatamos del origen de su nombre (*schlemihl*, en hebreo, significa “des-graciado por Dios”)— vende su sombra al diablo por una bolsa

* Bar-Ilan University; profesor visitante de El Colegio de México.

de oro. Al principio opina que hizo un excelente negocio. Pero muy pronto descubre que la pérdida de la sombra le quita respetabilidad social; envidia a los obesos (“por las anchas sombras que proyectan”) y se refugia en la noche como un vampiro para que no se perciba su carencia existencial. Sin la sombra, que era *nada* para Peter al inicio de la transacción diabólica, ahora él es *nadie*.

Naturalmente, *Dorian Gray* es otro arquetipo de este obsesionante dualismo. El personaje de Gray no cambia ni envejece; se ufana de su narcisismo, pero cuando descubre su propio retrato —testimonio del inexorable reloj biológico— Gray lo acuchilla para borrar cualquier testimonio. Y cae asombrosamente muerto, con los perfiles del cuadro encarnados en su propio rostro. Narcisismo el de Dorian Gray que lo inhabilita para amar, rasgo que se combina perversamente con el miedo a envejecer (efebofilia). Así, la pintura que lo reproduce es mágica, es “espejo de su edad y de su alma”, evidencia de un fatal y fatídico deterioro (p. 25).

No falta desde luego un capítulo en torno al afán prometeico que caracteriza a la cultura occidental. El autor pasa revista a *Frankenstein*, a *Fausto*, a *Drácula*, al *Dr. Moreau* (de Wells), criaturas entre oníricas y delirantes que pretenden superar los límites de la humana condición y satisfacer fantasías de omnipotencia. El autor explica cómo estos arquetipos llegaron al cine y se convirtieron así en objetos de consumo masivo.

Las imágenes cambiantes y fogosas de la “mujer depredadora” es el asunto central del capítulo IV. Gubern analiza prolijamente las trayectorias y el perfil de *Carmen*, aparición latina que contrasta con la nórdica *Lulu*, creación de Frank Wedekind que se gestó al toparse el escritor con la arrolladora Lou Andreas Salome, personaje que apasionara a Rilke, Nietzsche y Freud. El nombre “Lulu” se inspiraría en ella (p. 71). Y no falta desde luego en este examen la aparición de Lola (*El Ángel Azul*), ni esa Carmen transformada en púber que se llamará *Lolita*, ni la fervorosa y calculadamente ingenua *Marilyn Monroe*. Todas estas criaturas presentan y representan con sus contoneos, con sus mohines y caprichos, la amenaza absoluta, temible, para el hombre, y también el objeto de sus fantasías nocturnas e irrefrenables.

El autor aborda como caso paradigmático las vicisitudes del *Profesor Unrat* (basura) de Heinrich Mann (1905) que Lola Lola humilla y envilece en una guerra sin concesiones entre sexos. Un hombre que más tarde, psicológicamente castrado, retorna al aula de su vieja escuela y muere abrazado a un pupitre mientras que la deseada pecadora canta en *El Ángel Azul* (pp. 77 y ss.).

Gubern expande su indagatoria hasta abordar la novela policial (*Sherlock Holmes*), la literatura simbólica (*Melville*), la aparición de los *comics* (*Flash Gordon*, *Superman*, *Tarzán*), y la hermenéutica que exigen el rebrote moderno de personajes enmascarados o desbordantes (el *Zorro* y *Superman*) y el cine emblemático (*Lo que el viento se llevó*, *Casablanca*, *Rebelde sin causa*, *Los cuatrocientos golpes*). Sus comentarios ilustran y suscitan un eslabonamiento apasionante de interpretaciones. De especial valor es el capítulo consagrado a Dostoiévski y a Kafka, en el cual profundiza el problema de la culpa, no como señalamiento jurídico, sino como vivencia subjetiva. Y en verdad, muy poco es capaz de comprender un psicoanalista si no penetra en los laberintos de un Raskolnikov, o si no percibe el contrapunto entre

noche y amanecer (sueño y realidad que se torna demente) que es una constante en las obras de Kafka. Ambos autores lidiaron con demonios interiores que más tarde serían materia fílmica de Fritz Lang y encarnaciones históricas en Hitler.

¿Qué es lo que más se echa en falta en esta espléndida obra? Un sumario analítico, un capítulo final que hilvanara lo andado en las 500 páginas para conferirles alguna lógica teórica, incluso fantástica.

Sin embargo, tal vez el autor procedió así adrede: la teoría es al cabo una construcción artificial, sólo brinda una ilusión de certidumbre y comprensión. Indispensable ilusión dictada por nuestra intrínseca finitud. Por lo demás, siempre es permisible recurrir a Barthes, Derrida, Bourdieu o a Belevan si nuestra necesidad de generalizaciones es irremediable.

Rafael Montesinos, *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*, Barcelona, Gedisa, 2002, 272 pp.

GRISELDA MARTÍNEZ V.*

La emergencia de estudios sobre la masculinidad es un fenómeno de reciente aparición, sobre todo en el contexto de las ciencias sociales en Iberoamérica. En el caso mexicano, se observa que a partir de mediados de la última década del siglo xx, se abre este campo en el contexto predominante de los estudios sobre la mujer. De hecho, un artículo que llamó la atención, entre las especialistas de estudios de género con una actitud más crítica respecto a lo que en esa área de conocimiento había acumulado durante casi cuarenta años, fue precisamente un artículo de Rafael Montesinos intitulado "Cambio cultural y crisis en la identidad masculina", mismo que la revista *El Cotidiano* publicó en el año de 1995 en su número 68. En mi opinión, la tesis que expuso el autor en ese artículo marcó un momento en el cual se han hecho visibles varios esfuerzos por avanzar en los estudios sobre la masculinidad.

En este libro, Montesinos nos ofrece un conjunto de ensayos que giran en torno a la masculinidad; y ese artículo sobre la crisis de la identidad masculina es una suerte de referente central en lo que plantea a lo largo de este libro. No obstante, antes de arribar a dicho planteamiento, el autor nos conduce por una apretada síntesis con respecto a lo que los estudios sobre el género femenino construyen para interpretar la realidad social de las mujeres modernas; además de intentar, también de manera muy sucinta, trazar las problemáticas más importantes que las principales ciencias sociales han desarrollado en cuanto al tema. En esta parte, el autor rompe lanzas y alerta al lector sobre el conjunto de ensayos que tiene ante sí, y que, sin duda, abrirán una discusión polémica acerca de las posibles interpretaciones de la masculinidad. Amaga inmediatamente con la propuesta de uno de los sociólogos más reconocidos de fin de siglo, Pierre Bourdieu, quien en *La dominación masculina*, publicada en

* Profesora investigadora de la Universidad Autónoma de México-Unidad Xochimilco

1998, no vislumbra muchas posibilidades para un proceso cultural que propicie relaciones más equitativas entre los géneros y, por ende, acordes con los tiempos modernos. Además de cuestionar, sin complejo alguno, a Gilés Lipovetsky, quien en su entrega de *La tercera mujer*, publicada en 1997, trata el fenómeno de las mujeres que han accedido al poder, sugiriendo un cambio cultural propicio para la generación de nuevas relaciones entre los géneros. Sin embargo, según la interpretación de Montesinos, este autor hace realmente una tímida interpretación respecto de las posibilidades que tiene el cambio cultural, dejando el caso de estas mujeres como expresiones que demuestran el dominio masculino. Una conclusión, en esencia, del mismo corte interpretativo que Bourdieu.

Después de invitarnos a hacer esta reflexión provocadora, Montesinos nos conduce por un trayecto en el que se nos muestra el complejo proceso mediante el cual la mujer de sociedades como la mexicana se incorpora al mundo moderno. Esto es, el desplazamiento de la mujer de lo privado a lo público, su incorporación progresiva en el mercado de trabajo, el desmembramiento de la familia nuclear, así como todos los conflictos que desata un cambio social que sienta las bases para modificar las relaciones genéricas, primero en lo privado, y luego en lo público. Bajo estas nuevas condiciones socioculturales, se plantean las contradicciones de una transformación del rol femenino y la consecuente discusión generada a partir de la “doble jornada” y la “doble moral”.

Evidentemente, el hecho de que la mujer, además de irrumpir en el mercado de trabajo, se involucre en la educación superior, es un elemento que redondea el nuevo papel social de la mujer y que abre paso a la resignificación de la identidad femenina. Proceso complejo que se ve todavía más cuestionado en la medida en que la mujer se proyecta como *sujeto sexual*. Se descubre el sexo como una ruta de búsqueda del placer, y la mujer comienza a modificar su autodefinición del ser *mujer*. No sólo se trata de reconocer la transformación de la familia nuclear, sino de contemplar que la independencia que va ganando la mujer puede ser una de las premisas que nos expliquen cuestiones más sofisticadas, como es el caso de la disminución de los índices de la natalidad, el aumento de los divorcios, la presencia cada vez más evidente de las familias matrifocales. Esto es, la emergencia de un conjunto de nuevas estructuras y relaciones que subyacen tras dichas cuestiones, y que hacen que el autor nos pregunte: ¿Será posible que el cambio cultural sea exclusivamente expresión del cambio de las identidades femeninas?, ¿será posible pensar que las identidades masculinas se mantengan inertes a los visibles cambios sociales?, ¿cómo vivirán los hombres el proceso de emancipación femenina?, ¿cómo reaccionarán ante un nuevo sujeto social que no necesariamente está atado a la imagen tradicional de madre/esposa?, ¿tendrán los hombres la misma entereza que muchas mujeres han demostrado ante la infidelidad de sus parejas?

Después de tales cuestiones, Montesinos nos conduce por el camino recorrido por las mujeres que han roto los estereotipos femeninos de la Tradición y que, por ende, al contar con todas la “fortalezas” (habilidades) que anteriormente se le atribuían al género masculino e irrumpir en las esferas del poder en todo tipo de organizaciones, ponen en entredicho el *poder masculino*. Por lo pronto, con estas nuevas mujeres, profesionistas que han realizado una exitosa carrera, la transformación del

espacio público es un hecho insoslayable, pues ya no se trata de mujeres que han diversificado su presencia en todas las ramas de la economía, sino que al contar con la preparación y racionalidad requerida institucionalmente, compiten de tú a tú con el género masculino. Según la propuesta de Montesinos, los límites de la *división sexual del trabajo* que obligaba a la mujer a recluírse en el espacio privado, se van superando aceleradamente. Las nuevas imágenes femeninas cuestionan los estereotipos tradicionales de la mujer, pero también los del hombre; por el hecho de contar con medios intelectuales y económicos iguales a los del hombre, las nuevas presencias femeninas construyen una nueva estructura simbólica que proyecta ante el imaginario colectivo otro estereotipo femenino y que, al mismo tiempo, cuestiona el estereotipo masculino sustentado en la figura machista del hombre.

Y desde luego, el autor considera lo que en los estudios sobre el género femenino se ha denominado como *techo de cristal*, cuyo sentido sugiere la presencia de una cultura patriarcal que reserva la parte superior de las estructuras del poder al predominio masculino. No obstante, los márgenes en los que ya se mueve la mujer moderna, sitúan al género masculino en una situación de conflicto. ¿Será posible establecer relaciones que reproduzcan el dominio masculino con una mujer que gane lo mismo o más que su pareja? Si esto es posible, ¿en qué circunstancias se reproducen esas relaciones tradicionales entre los géneros?

Sobre esta reflexión finca Montesinos su interpretación del cambio cultural y la crisis de la identidad masculina, de la cual se desprende que dicha crisis obedece a la erosión de las estructuras que en el pasado garantizaban el predominio masculino. El hecho de que el hombre fuera el *proveedor exclusivo* del hogar dejaba a la mujer en una situación de dependencia material; el hecho de que el varón sea cuestionado en todos y cada uno de sus actos, desde los que claramente le conceden la autoridad hasta su desempeño sexual, son elementos que van construyendo el fin de un reinado que rápidamente ve su estructura en ruinas. Poco a poco, la imagen del macho mexicano o latino va siendo ridiculizada en menoscabo del referente tradicional del estereotipo masculino. La violencia, por ejemplo, en la lógica de un proceso civilizador que contiene los impulsos animales de los hombres, también va restringiéndose cada vez más, aunque actualmente se conozcan en detalle las magnitudes de la violencia doméstica, donde la propia mujer juega una parte importante en la agresividad con la que se afecta a los miembros de este espacio social.

A este escenario de caos social provocado por el trastocamiento de las estructuras socioculturales, el autor agrega, con mucha agudeza, el efecto de la crisis económica en la construcción de una nueva cultura que rige los intercambios entre los géneros. Pues ya no se trata solamente del desmoronamiento de la familia nuclear sino de la imposibilidad para los varones de ser "proveedores exclusivos" del hogar, lo que evidentemente merma su autoridad ante la pareja y los propios hijos. El estatus de "hombre de verdad" va tomando nuevos derroteros, situación que adquiere matices mucho más dramáticos que los de las referencias simbólicas, pues la crisis económica no sólo limita el papel "de proveedor" de los hombres sino que, al haber condiciones de mercado que no ofrecen muchas posibilidades de empleo, la posibilidad de que el hombre garantice su propia reproducción queda expuesta a los azares de la

crisis. El desempleo y el subempleo al que están sujetos muchos hombres en la actualidad, son fenómenos lo suficientemente significativos como para reconocerlos como una de las principales causas de pérdida de la autoestima.

La identidad tradicional de la masculinidad es cuestionada, pero la nueva identidad que ahora es necesario crear, respondiendo a los nuevos tiempos de la modernidad, no acaba de construirse. De manera que la identidad masculina se debate hoy entre un estereotipo estigmatizado, y por ello se inicia un claro proceso de desmantelamiento, e intentos cotidianos por responder a las nuevas condiciones de la cotidianidad. Por ello, Montesinos tendrá como referente en su reflexión sobre la nueva masculinidad en ciernes la cuestión de la falta de una claridad reflexiva que permita negociar con el otro género los cauces que han de tomar las relaciones entre hombres y mujeres.

En el siguiente apartado, el autor nos conduce por un camino reflexivo donde hace una interpretación del significado que adquiere la masculinidad en relación con la familia y la juventud, y como referente obligado del ejercicio de la paternidad. El primer caso contempla el proceso de socialización al que la familia sujeta a sus nuevos miembros, destacando cómo la identidad de género es la identidad que va a predominar en el posible conjunto de identidades con el que los individuos moldean su personalidad. La familia es concebida como un microsistema abierto, sujeto a las influencias de su entorno, desde el cual hombres y mujeres llevan al espacio privado nuevos referentes para la construcción y reproducción de las identidades genéricas. En el segundo caso, Montesinos sostiene que la etapa denominada *juventud*, representa una primera etapa de socialización en la que los individuos, hombres o mujeres, están sometidos a una doble crisis en la construcción de sus personalidades. La segunda etapa corresponde a la confrontación generacional, donde los adultos aparecen como los estereotipos a seguir por los jóvenes; y la tercera, a la crisis de la identidad masculina. En una interesante interpretación respecto al significado de lo que es ser joven, el autor sugiere que el individuo ubicado en esa etapa se encuentra en una condición de "irresponsabilidad temporal", situación que hace variar la cuestión de la pertenencia a una clase social.

Más adelante, esta discusión sobre la masculinidad da paso a la práctica de la paternidad, que resume la discusión con respecto a la erosión de los estereotipos masculinos tradicionales, sustentados particularmente por la división sexual del trabajo. La transformación de la familia nuclear impone hoy nuevas condiciones de exigencia para los varones en cuanto a su participación en las responsabilidades domésticas y, sobre todo, en relación con el cuidado de los niños. Habremos de reconocer, como nos exige el autor, que el ejercicio de la paternidad nos presenta concretamente un aspecto de la vida cotidiana donde se muestra cómo la masculinidad se va transformando. El macho mexicano, que mantiene una actitud de autoridad y de distancia afectiva, al menos con los hijos varones, va cayendo en desuso, pues se advierte en todos los sectores sociales que la emergencia de relaciones afectivas entre el padre y los hijos comienza a proyectarse como un referente compartido por el imaginario colectivo. Y después de una provocadora exposición más, también llama la atención del lector con respecto a la posibilidad abierta por el compromiso de una

nueva paternidad para que las relaciones entre los géneros sean más equilibradas y destierren poco a poco la violencia simbólica que todavía prevalece al interior del espacio privado. Obviamente, estas nuevas tendencias de una paternidad que rompe con el estereotipo tradicional confirman otra de las fuertes tesis que Montesinos maneja a lo largo de su libro: la superación de la división sexual del trabajo.

En el último bloque temático que aborda el autor, se encuentra una exposición bastante constructiva sobre la sexualidad y el erotismo. En el primer caso, se aporta a la discusión un conjunto de testimonios brindado por grupos de jóvenes, hombres y mujeres, en entrevistas realizadas con la técnica de *grupos de discusión*. Las prácticas que ahí se anotan reflejan, quizás, la exigencia de extirpar muchos mitos que la academia reproduce con respecto a la interpretación de los objetos de estudio que, en el caso de las investigaciones sobre los géneros, pretende arrojar luz sobre hombres y mujeres de carne y hueso, y que adquieren forma a través de sus propios testimonios.

Y por último, se encuentra un ensayo sobre el erotismo, cuyo planteamiento, sin duda, suscitará enconados debates, pues independientemente de lo extraño del tema como objeto sometido a criterios académicos, la argumentación es bastante compleja y provocadora. Para iniciar, Montesinos ve el erotismo como el espacio en el cual hombres y mujeres pueden dar rienda suelta a su animalidad, a su vocación violenta. El erotismo, ubicado en el ámbito de la subjetividad, es considerado como una transgresión que escapa de las facultades represivas del Estado; por tanto, constituye la única posibilidad de que el individuo escape al *malestar de la cultura*. El erotismo emerge así como una práctica y como condición (subjetiva) que libera al individuo que lo realiza, por el sólo hecho de que las fantasías sexuales permiten dar rienda suelta a esa pulsión humana que hace de la reproducción, una actividad evidentemente animal, una acción estrictamente humana.

Las rutas de la masculinidad se publica en un año particularmente fértil para los estudios sobre el género masculino. Constituye, también, un interesante trabajo intelectual que desacartonara la actividad académica, en la medida en que trata un objeto de estudio del que, inevitablemente, todos los lectores, hombres y mujeres, somos parte. Por mi lado, me atrevería a decir que este trabajo será mejor recibido por las mujeres que por los hombres, a quienes el autor somete a una cruenta, pero constructiva crítica.

René Lourau, *Libertad de movimientos. Una introducción al análisis institucional*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, 167 pp.

VALERIA BEDACARRATX*

En la década de los sesenta emerge en Francia el movimiento del "Análisis Institucional" (AI), movimiento teórico-político de crítica a lo instituido que se propone el

* Profesora de tiempo completo de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

análisis de la dimensión política-institucional en la escala micro de los fenómenos sociales. La génesis social y teórica del AI no sólo da cuenta de las vicisitudes y transformaciones de su objeto de estudio y de su principal concepto (el de institución), sino que también permite comprender cómo y por qué históricamente su campo se ha ido definiendo en torno a núcleos problemáticos cambiantes, con un enfoque que retoma los aportes de diversas disciplinas como referentes de partida. El libro que presentamos aquí, escrito por uno de los fundadores del AI, el sociólogo René Lourau (unos meses antes de su muerte en el año 2000), es una contribución para pensar esta génesis de la que él mismo fue partícipe. A partir de este repaso histórico en torno al AI, el autor llega a la conceptualización de dos nociones que en la actualidad se erigen como nodales para pensar al campo multirreferencial en que se constituye el AI, a saber, las nociones de implicación e institucionalización, mismas que llevan al autor a reflexionar en torno al concepto de campo en las ciencias sociales. Y no es casual que estas nociones emerjan como ejes del texto, después de que presenta su aporte a la construcción de la novela familiar¹ del movimiento del que es fundador (con la implicación que tal historización conlleva); movimiento que ha sufrido y sufre los avatares y el dilema de la institucionalización (el otro concepto que procede a abordar en el libro) en el campo científico instituido. Así, la introducción al AI presentada en el libro, no comienza con una descripción o desarrollo del cuerpo conceptual del movimiento, sino que se centra en una introducción a su historia, contada desde la posición del propio autor, pero también en referencia a cómo ha sido contada por otros miembros fundadores. La alusión a quien lo introduce en el campo de lo institucional, Georges Lapassade, se hace ineludible no sólo para relatar aquellos trayectos compartidos en los albores del movimiento, sino también para dar cuenta de los puntos que unen y separan a ambos fundadores respecto, en este caso, de la historia que se trata de contar. La psicología, la psicoterapia institucional, la pedagogía institucional aparecen en el campo móvil del AI desde sus orígenes; cada uno de ellos, más o menos, mítico, según lo entiende Lourau; cada uno vinculado con una institución (el Estado, la escuela, el hospicio: el primero de ellos atravesando a las otras dos).

Condiciones de posibilidad de emergencia del AI: entre sociología y psicoanálisis, activismo político e investigación.

Hacia 1955, un grupo de psicólogos viaja a Estados Unidos, por encargo del Estado francés (en un contexto de modernización después de la segunda guerra mundial), para capacitarse en la escuela lewiniana de Bethel. Tras formarse como psicólogos, una parte de este grupo de profesionales especializados en (y solicitados para) el

¹ La novela familiar de una corriente histórica alude a las relaciones entre la génesis social (los movimientos sociales y su profecía) y la génesis teórica (la "historia de las ideas" de las teorías, de los conceptos que aparecen para matar los conceptos sociales (señalado por Lourau en *El estado y el inconsciente*, Barcelona, Kairós, 1978).

trabajo de intervención y formación con métodos grupales, comienza a preguntarse acerca de lo que el dispositivo mismo de las técnicas de trabajo que utilizan deja fuera: “la sociología de la psicociología”, el campo social en el que el trabajo grupal se inscribe. Este cuestionamiento y crítica, que toma los aportes tanto de Durkheim como de Marx (en torno a los modos en que lo macrosocial ejerce su manipulación mediante técnicas micro-sociales) aparece como un primer paso hacia una nueva dirección, marca simbólica que señala un inicio y que Lourau califica como “pequeña” revolución psicociológica.²

Este enfoque grupal, que pretende salir del psicologismo en el que la dinámica de los grupos queda encerrada, da cuenta del “clima” político e intelectual que se vive en los años previos del mayo francés, acontecimiento estrechamente relacionado con los institucionalistas que gestan esta pequeña revolución que nos presenta Lourau. Georges Lapassade, Edgar Morin, Max y Robert Pagés, Serge Moscovici, Claude Faucheux, Joseph Gabel aparecen en la institucionalización de este enfoque grupal crítico. Son varias las nociones, que posteriormente serán eje de reflexión y producción en el campo del AI, que la revisión presentada por Lourau nos permite re-pensar e identificar como originarias de la génesis de este movimiento: las nociones de campo de análisis e intervención, de implicación, la relación entre teorización social e ideología política (o entre investigación y activismo), el vínculo entre grupo e institución. Asimismo, la contextualización histórica en que Lourau sitúa su relato nos ayuda a comprender las condiciones de posibilidad de la emergencia tanto de este movimiento crítico como de los métodos de grupo que él mismo critica. A su vez, esta contextualización sirve para situar las experiencias de la autogestión pedagógica, de donde proviene nuestro autor, y de la psicoterapia institucional, otro de los “lugares” por donde transita la génesis del AI. En lo que respecta a aquel movimiento de vanguardia psiquiátrica, Lourau se limita a mostrar los metamorfosis sufridos por el mismo desde su surgimiento en los años cuarenta hasta la década de los sesenta. Al respecto, dos proyectos o tendencias lo caracterizan en diferentes momentos de su historia: una tendencia marxista anarquista y otra psicoanalista. La primera de ellas inspiró y sostuvo el proyecto original; la segunda, con el tiempo, se volvió hegemónica respecto de aquella, lo cual, según Lourau, hizo que esa primera tendencia cayera en el olvido. Un psicoanálisis que comporta la despolitización del proyecto que ha de tenerse en cuenta para pensar en la novela familiar del AI. Cada una de las tendencias de la psicoterapia institucional atribuye un diferente sentido a la institución psiquiátrica; sin embargo, comparten una misma conceptualización en torno a la noción de institución: se trata del uso habitual, “anticientífico” del término, entendido como establecimiento, asociación, y no como construcción social global. A nuestro entender, lo que Lourau pretende es mostrar lo que tiene de “real” y lo que tiene de “mítico” el vínculo que, desde la novela familiar, se establece entre el AI y la psicoterapia institucional,

² Seguramente esta nominación hace referencia y análoga el movimiento con lo que en los círculos psiquiátricos se conoció como la “pequeña revolución psiquiátrica”, aludiendo al movimiento de modernización de la psiquiatría en que se constituyó la psicoterapia institucional (cuyos orígenes datan de la segunda posguerra).

y cómo ciertas tendencias (tensiones, conflictos, convergencias) en el interior de los movimientos en que se apoya el AI son repetidas luego en el interior de éste. Así, el movimiento de la psicoterapia institucional aparece más cercano al surgimiento de la llamada "Pedagogía Institucional" (acercamiento del cual esta pedagogía que se aparta del movimiento Freinet toma su nombre) misma que Lourau prefiere re-nominar como "Pedagogía autogestionaria" o "Pedagogía socioanalítica" (como también ya fuera sugerido por Yves Étienne): ésta surge muy vinculada al "desalienismo" propuesto por la tendencia anarquista de la psicoterapia institucional, llevada ahora al ámbito de la institución escolar. También el grupo originariamente llamado "Pedagogía Institucional" (Lapassade, Lourau, Lobrot) aparece condicionado por una historia de tensiones y escisiones marcadas por tendencias terapéuticas, por un lado, y autogestionarias, por el otro. Tensiones enmarcadas en un contexto político internacional (del que destaca la experiencia de autogestión "instituida desde arriba" en Yugoslavia) y académico (del que se menciona no sólo la noción de los "grupos T" de Lewin, sino también las fértiles teorizaciones de Castoriadis en torno a la autogestión, en el marco de una nueva teoría de las instituciones, misma que inspirará las nociones de lo instituido y lo instituyente) que permite comprender las vicisitudes propias de los movimientos de la época.

Asimismo, la novela familiar de la "Pedagogía institucional" presentada por Lourau deja ver este espacio como el lugar de germinación de una problemática teórica que será central en el campo del AI y que se vincula directamente con el tema de la implicación: se trata de las difíciles relaciones entre observadores y observados, relaciones de poder que instauran un campo de observación desde un lugar de supuesto saber. Evidentemente este relato que nos presenta Lourau es lo suficientemente escueto como para dar cuenta *in extenso* de la compleja novela familiar del AI,³ mas sirve para dar cuenta de la propia perspectiva desde donde el autor resignifica la historia del campo (que es también parte de su propia historia) y desde donde se posiciona contemporáneamente con respecto a éste. Si bien Francia es la "cuna" del AI, a lo largo de su desarrollo, Lourau hace referencia a tendencias que se producen en otras partes del mundo y que se vinculan con (lo cual no implica que se desprendan de) las ideas centrales de los movimientos que aparecen en los orígenes del AI. Los casos de las asociaciones intelectuales de Uruguay y Argentina, el aporte de la escuela de Pichon-Riviére a toda Latinoamérica y el movimiento anti-psiquiátrico promovido por Franco Basaglia en Italia aparecen en el libro como ejemplos paradigmáticos de que la crítica a lo instituido rebasaba al movimiento francés mismo.

³ Para esto, pueden consultarse y contrastarse obras como las de Roberto Manero Brito, *La novela institucional del socioanálisis. Ensayo sobre la institucionalización*, México, Colofón, 1992; Georges Lapassade, *Socioanálisis y potencial humano*, Barcelona, Gedisa, 1980. También en Félix Guattari *et al.*, *La intervención institucional*, México, Plaza y Janés, 1987. Asimismo, para un acercamiento a las nociones del AI a las que aquí se hacen referencia, pueden consultarse los libros mencionados, como la obra misma de René Lourau, *El análisis institucional*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

La intervención socioanalítica aparece como el lugar más fértil de producción de interrogantes y conceptualizaciones que alimentarán el campo del AI desde la "experimentación" en la práctica; práctica de intervención (por encargo de establecimientos diversos: iglesias, sindicatos estudiantiles, empresas, en los últimos años de la década de los sesenta) que tiene como norte el ir desplazando, paulatinamente, el paradigma grupal, para dar cuerpo a un paradigma institucional: la dimensión institucional de la dinámica de los grupos es puesta en primer plano y es convertida en centro de interés, en objeto de estudio. La producción comienza a girar, entonces, en torno a las posibilidades de hacer emerger esa dimensión institucional que trae aparejada una nueva noción de institución: la dupla instituido-instituyente. Pero mientras que permite rebasar ampliamente la concepción de institución entendida como establecimiento y la identificación de la institución con lo instituido, aún no permite dar lugar al tercer polo de la trilogía: la institucionalización, concepto que aún tendrá que esperar para poder ser pensado.

El repaso de las experiencias de intervención conducen al autor a ir presentando y desarrollando, desde su génesis, una serie de conceptualizaciones nodales en el campo del AI: no sólo la noción de lo instituido y lo instituyente, sino también las nociones de analizador, las características y naturaleza del dispositivo de intervención socioanalítica basado en la colectivización del análisis, la restitución y la autogestión, las nociones de campo de análisis y campo de intervención y, finalmente, de transducción, interferencia e implicación. Concepto, este último, que lleva al autor a pensar no ya la investigación de la implicación, sino la implicación en la investigación.

La inscripción del AI en el campo de las Ciencias Sociales: problemas y perspectivas

¿Se puede enseñar el AI? ¿Se puede enseñar la investigación en AI? ¿Se puede considerar una investigación como propia del AI? Lejos de dar una respuesta concreta a estas preguntas centrales que el mismo Lourau se plantea en su libro, lo que hace el autor es señalar una serie de cuestiones que permiten reflexionar en torno a las mismas. Al plantear estas preguntas, Lourau retoma algunas de las conceptualizaciones antes desarrolladas, comenzando por enunciar la dificultad de la investigación en AI. Esta dificultad se vincula, en primera instancia, con los orígenes mismos del AI; éste aparece como un campo interferido por su relación con el "afuera" y por las divergencias y malentendidos en el interior del mismo: la contradicción, en el centro del paradigma institucional (y que no es un accidente de su génesis social y teórica) anima el proyecto del AI y, por tanto, según Lourau, no puede sino animar, simultáneamente, las características de su programa de investigación. Sin siquiera mencionar los proyectos que dan cuerpo a este programa o los campos de problematización en que se centran las investigaciones que lo conforman, el autor prosigue su desarrollo precisando los rasgos distintivos del AI y sus avatares en un contexto académico y social que se presenta como adverso para la concreción de su proyecto. Varias son las

cuestiones que quedan señaladas a este respecto y que a continuación exponemos resumidamente.

El contexto político social del surgimiento del AI ya no es el mismo, por lo que el autor comienza relatando cómo algunos de los planteamientos producidos en el clima de la “modernidad triunfante” se van metamorfoseando en un contexto crítico, neoliberal. Lanza primero su crítica contra aquellos que, perteneciendo o habiendo pertenecido a las filas del AI, en el contexto actual desconocen o refutan lo que caracteriza al movimiento: la lucha contra la despolitización de lo local, que toma en cuenta la transversalidad estatal y parte de la premisa del doblamiento de lo global sobre lo local. Desconocimiento o refutación sustentada con el argumento de que han cambiado los tiempos. Y Lourau no desconoce esto; por ello presenta una reflexión crítica en torno a la noción de “revolución molecular como condición de la revolución molar” propuesta por Guattari, narrando las significaciones que los mismos integrantes del AI pudieron irle dando a medida que sus experiencias en este campo se incrementaban. El que la realidad contemporánea indique otros rumbos políticos, ideológicos o académicos, lejos de presentarse como fundamento para cambiar de perspectiva desde dónde pensar lo social (la interferencia micro-macro), comporta, para el fundador del AI, una necesidad de re-pensar los obstáculos y las posibilidades que estos nuevos tiempos anuncian.

Dichos obstáculos y posibilidades son delineados por el autor en torno a dos grandes problemáticas. La primera de ellas tiene que ver con la propuesta del AI de erigir el análisis de la implicación como elemento central del trabajo de investigación (lo cual implicaría pasar de un paradigma que se pretende enteramente hipotético-deductivo a otro que toma en cuenta, además de la deducción e inducción, la lógica de la transducción) en un marco científico que aboga por la desimplicación como parte de un movimiento de desresponsabilización del investigador (respecto a su propio trabajo y respecto de la sociedad a la que pertenece). La segunda de estas problemáticas se refiere a la socialización y colectivización de las investigaciones en un contexto en el que la lógica del mercado que inunda el campo de las ciencias se sostiene no en un trabajo de producción compartida y conjunta, desde un paradigma comúnmente discutido, sino en la intensificación de intercambios e interacciones entre investigadores atomizados. Algunas pistas que René Lourau sugiere para pensar estos dilemas pasan por la formación de investigadores, por el trabajo en la universidad, espacio en donde es posible (y propicio) instar al trabajo colectivo, lo cual, en sí mismo implicaría la necesidad de restitución⁴ de lo que se hace y de lo que no se hace en el trabajo de investigación, dando paso al trabajo con la implicación en la construcción del campo de análisis e investigación. Nuevamente, y como suele insistir nuestro autor, el ámbito de la formación y la universidad (y muy lejos de que esto implique un optimismo pedagógico) se constituye en un lugar de posibilidad de pensamiento y de posibilidad de cambio.

⁴ La noción de restitución no solamente es “aplicable”, entonces, al trabajo de intervención socioanalítica.

Lacan y Weber: para pensar la implicación y el proceso de institucionalización

En la última parte del libro, Lourau presenta los aportes tanto de Jacques Lacan como de Max Weber, a quienes retoma como “insumos” para pensar dos problemáticas que considera centrales en la mirada institucionalista: el tema de la implicación y el de la institucionalización. Con respecto al primero de estos dos conceptos, el autor hace una presentación acotada y comentada de las conferencias de Lacan en torno al *Banquete* de Platón. Esto con el fin de señalar el manejo que el psicoanalista (disidente de la institución psicoanalítica europea de su época) hace en torno a las nociones de transferencia⁵ y contratransferencia y el aporte original que hace a la teoría de la implicación. Lo que Lourau muestra es el posicionamiento de Lacan en torno a la conceptualización de la transferencia y la contratransferencia en la situación analítica. El segundo concepto de esta dupla implica el supuesto de una disimetría en la relación analista-paciente; lo que intenta Lacan es destruir esta idea, afirmando que hay algo simétrico, equivalente, en la vivencia del análisis por parte de los involucrados (analista-paciente), dado el carácter existencial de la situación analítica. Esta concepción lleva a Lacan a considerar como dudoso o impropio el concepto mismo de contratransferencia: si la situación analítica, que es una situación de transferencia, es existencial, entonces el analista está implicado existencialmente en la situación de cura. La pregunta que habría que hacerse, según Lacan, no es cómo la transferencia del paciente es receptada por el analista en su trabajo de cura, sino más bien, cómo participa en la situación de transferencia, cómo está implicado en tal situación. Implicaciones existenciales, materiales, institucionales constituyen la situación del análisis.

De la aproximación de Max Weber a la noción de institucionalización, Lourau toma su conceptualización en torno a las formas de legitimación que posibilitan el proceso en el cual los movimientos o fuerzas sociales pasan al estado de institución. Lourau muestra cómo Weber pone en primer plano el rol de los movimientos instituyentes en la posibilidad de que lo (previamente) instituido los legitime. Así, con Weber, más que pensar a la institución como estasis, es posible pensar a la institución como movimiento, para ver, detrás de esa estasis, de la legalidad en la que se sustenta, la violencia de la que es portadora, las huellas de una lucha —a menudo histórica, dice Lourau— que posibilitó su existencia. Así, para tomar el aporte de la corriente weberiana en la conceptualización de la institucionalización, Lourau presenta tres orientaciones posweberianas a las que corresponden tres modos de acción en la institucionalización: institucional, anti-institucional y contrainstitucional. Por un lado, entender el proceso de institucionalización como acción institucional implica asumirlo como reproducción de lo instituido; por el otro, entenderlo como acción

⁵ La transferencia se refiere al “proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación analítica” (en Jean Laplanche y J. B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1971). La contratransferencia aludiría, a su vez, a la reacción transferencial que produce en el otro la transferencia de uno.

anti-institucional (o no institucional, como luego propone Lourau) comporta ver en este proceso la traición (burocrática) a la efervescencia creativa, a la utopía de la fuerza instituyente, al movimiento original, asumiendo el “fracaso de la profecía” como condición paradójica de la institucionalización —toda institución absorbida por la forma legitimada del Estado es mala, es el corolario que se desprende de esto. Estas conceptualizaciones en las que Lourau ubica a la escuela parsoniana (haciendo referencia también a la posición neo-institucionalista y la teoría del *rational choice*), en el primer caso, y a los discípulos weberianos Müllmann y Alberoni, en el segundo, son contrapuestas a un tercer modo de pensar la institucionalización o “Proceso Max Weber” (PMW) de institucionalización, como proceso dialéctico mediante el cual las fuerzas sociales devienen formas que a su debido tiempo producen fuerzas: el trabajo de lo negativo, de la contradicción. Se trata de la acción contrainstitucional. Aquí, es ubicada la conceptualización del institucionalismo francés y latinoamericano.

Lo que Lourau mismo postula, como representante de este movimiento, es la teoría del “fracaso de la profecía del fracaso”, poniendo en primer plano la presencia de lo negativo, de la contradicción, desde el origen de la profecía misma (y no sólo cuando ésta es “puesta a prueba”). En la presentación de todo este desarrollo, Lourau se vale de la conceptualización de los tipos de dominación weberiana (carismática, tradicional, racional), que entran en juego en relación con la compleja dialéctica de la institucionalización. Asimismo, Weber es presentado como un sociólogo “de frontera” que se atreve a ejercer la “Libertad de movimientos”, transitando, transgrediendo una diversidad de campos (del jurídico al sociológico o al político) en interferencia permanente. Y justamente ésta es la propuesta que tiene el autor para pensar en la producción de conocimientos en el campo de lo social, campo que no puede ser entendido sino como una multiplicidad de campos en interferencia, misma que hay que asir, ejerciendo la “Libertad de movimientos”. *La Clé des champs*,⁶ título que Gregorio Kaminsky traduce como *Libertad de movimientos* (que es la acepción que se utiliza más comúnmente en esta expresión), no será entregada al lector cual si fuera una llave que habilita la entrada a un campo que se presenta como cerrado.⁷ Como señala el propio Lourau:

La libertad de movimientos (La Clé des champs) es que no se puede muy propiamente hablar de campo delimitable. El territorio deviene red. Las marcas huyen como vuelo de gorrion. No hay más que interferencias en los campos; campos de interferencias. Incluso si la lógica instituida es hasta nueva orden indispensable para la sobrevivencia, sabemos que el universo entero —incluidos nosotros— está implicado. Relacionar, contextualizar y globalizar (Morin) son operaciones urgentes. Buscar, acoger la interferencia (p. 71).

⁶ Las acepciones de esta expresión son presentadas al inicio del libro, en las notas del traductor, Gregorio Kaminsky, quien junto con Cristián Varela, presenta un posfacio que recorre el trayecto de René Lourau, a través de sus obras y conceptualizaciones.

⁷ Quizá, sí fue ésta una intencionalidad de uno de sus primeros libros escrito en coautoría con Georges Lapassade, *Las claves de la sociología [Clefs pour la sociologie]*, Barcelona, Laia, 1973; libro donde se presenta una mirada crítica del campo sociológico, así como también los aportes y dificultades para pensar en una teoría dinámica de la institución.

Así, todo el texto nos introduce no sólo al campo móvil interferido por el AI, sino que en sí mismo implica una crítica a la noción de campo como sustancialización metafísica de las disciplinas científicas, cuya identidad queda delimitada por las fronteras definidas por los organismos estatales. En contraposición, Lourau señala que “no hay ruptura clasificatoria sino ligazón transductiva, encadenamiento de enunciados entre diversos modos de discurso de registros, en general, definiendo cada uno un campo cerrado” (p. 133).

Lourau alude a la presencia del AI en la ciudad científica y las diversas formas en que actualmente es concebida, dando por sentada la especificidad de la escuela francesa, desde su punto de vista. Para esto, un señalamiento importante es la diferenciación que establece con la escuela parsoniana del neo-institucionalismo, misma que teoriza sobre la institución, pero entendiéndola durkheimniana y parsonianamente, es decir, como estructura estática de normas y funciones, exterior a los individuos y a los grupos. El camino seguido por la escuela francesa se opone a esta conceptualización con numerosos desarrollos teóricos que parten de una noción dinámica de la institución (instituido-instituyente-institucionalización) como dimensión de análisis, cruzada por la transversalidad estatal, como realidad bi-fronte (marco regulador externo e interno de los comportamientos), lugar de traslape de las instancias micro y macro sociales, etc., y no sólo como establecimientos o como ley coercitiva. Esta concepción de institución, central en la corriente del AI, proviene de otro rasgo que la caracteriza: ser una zona apoyada en, o más bien, interferida por los territorios de la psicociología, el psicoanálisis, la sociología, la historiografía y la ciencia política. Desde este campo interferido se propone un método de trabajo que se centra en la descripción y análisis de las condiciones de investigación, en la implicación permanente, existencial propia de toda actividad de investigación y de producción de conocimiento. Actividades que también son interferidas. Y es que, cerrando con palabras del mismo Lourau,

(...) toda investigación es intervención de la institución de investigación en los flujos o los pantanos de la vida cotidiana del investigador tanto como, y a menudo antes que, la vida cotidiana de las poblaciones estudiadas. Toda intervención es creación de interferencias sociales en una situación social, al igual que interferencias cognitivas dentro de un modo de conocimiento considerado como natural o normal. Si la reflexión sobre la implicación, la institucionalización y las dificultades para construir un campo de investigación ayuda a esta toma de consciencia [la de la implicación en la institucionalización de un campo de investigación], entonces cierta concepción del análisis institucional, probablemente minoritaria, no es tal vez del todo obsoleta (pp. 140-141).

Graciela Medina y Carlos Mallorquín (coords.), *Hacia Carl Schmitt: ir-resuelto*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2001, 320 pp.

ALICIA HERNÁNDEZ DE GANTE*

El punto de partida de Graciela Medina y Carlos Mallorquín es el cuestionamiento a la hegemonía liberal que se pregonaba como fin en sí mismo bajo el lema de la alternancia en el poder por medio de la democracia parlamentaria. Esa visión propia del sistema político limita la credibilidad de las instituciones políticas, aspecto que en ocasiones conduce a severas crisis de legitimidad y legalidad estatal. En este contexto neoliberal y nada halagador —pensemos en los últimos acontecimientos políticos en algunos países de América Latina o en Estados Unidos y el medio Oriente—, Medina y Mallorquín centran su interés en un Carl Schmitt, a quien denominan un conservador “atípico”.

Reuniendo a varios autores que han escrito sobre la obra de Schmitt, Medina y Mallorquín se dan a la tarea de resucitar problemáticas que al parecer han quedado relegadas a un segundo plano en aras de la democracia liberal y procedimental, por ejemplo la de la soberanía o la del federalismo. El título del libro cobra relevancia gracias a los diferentes enfoques a la obra de Schmitt: Jorge Dotti, Carlos Miguel Herrera y Benedetto Fontana discuten los puntos de encuentro y desencuentro entre Schmitt y el marxismo; tanto Andreas Kalyvas como Eckard Bolsinger analizan temas relacionados con la constitución, el primero sobre la construcción de un orden constitucional y el segundo sobre la crisis del Estado y la legalidad dentro del orden constitucional; por su parte, William Scheuerman trata de demostrar la raíz conceptual schmittiana en la democracia elitista de Schumpeter. El ensayo de Gopal Balakrishnan habla sobre el contexto de la crisis política que le tocó vivir a Schmitt y lo que significó para uno de sus textos clásicos: *El concepto de lo político*. A su vez, Paul Hirst aborda el tema del decisionismo en las ideas de Schmitt; finalmente, Medina y Mallorquín realizan una reflexión sobre el pluralismo político de H. Laski y G. D. H. Cole confrontándolo al implícito pluralismo de Schmitt.

Así, el libro reúne nueve ensayos en más de 300 páginas, que pueden ser leídos en el orden que se guste. Parecería que las problemáticas que Schmitt planteaba en su época, a pesar de su controvertida interpretación, están aún vigentes, puesto que el Estado liberal y sus instituciones traen de origen un problema central: la crisis del poder político. Pero veamos con algún detenimiento las ideas centrales de los pensadores que seleccionaron Medina y Mallorquín para tratar de entender el Estado liberal de nuestra época.

Son conocidas las divergencias y la oposición de las ideas de Schmitt en relación con el liberalismo y la obra de Marx. Sin embargo, varios analistas políticos, entre ellos Dotti, coinciden en señalar que algunos puntos claves de la teoría schmittiana tienen su fuente en Marx, principalmente por la lectura que el jurista

* Universidad Autónoma de Puebla.

alemán hace de Marx a través de Lukács. Si la lectura de Schmitt sobre Marx es sesgada, le corresponde al lector juzgar los presupuestos que de ambos hace Dotti y que lo llevan a afirmar que el enfrentamiento radical entre proletariado y burguesía es la adecuación estructural del conflicto existencial “amigo-enemigo”, es decir, de lo político. Dotti encuentra dos vías de la lectura sobre Marx: una es la vía hegeliana, que implica la fuente de Marx, positivista, racionalista, científica y apolítica, o sea su dialéctica; la otra, que también tiene influencia de Hegel y que permite a Marx desarrollar la noción del proletariado, la cual es rescatada por Schmitt, y significa lo realmente político de la obra marxista, es la lucha de clases y su desembocadura revolucionaria en la dictadura del proletariado, entendido éste como el concepto clave de la política de Marx, *versus* su economicismo, lo cual sitúa a Marx a la par de los pensadores despolitizados liberales. El tema de la dictadura, que es analizado también por Schmitt, demuestra que ambos pensadores entienden lo político desde la perspectiva de la lucha, el conflicto y el establecimiento de un orden superior. La dictadura es la salida a la crisis del orden liberal-burgués. Sin embargo, a juicio de Dotti, en Marx, la política se reduce y conduce hacia una guerra revolucionaria que trasciende la enemistad política como enemistad absoluta que busca la aniquilación del enemigo. Sustancialmente, es la antipolítica. Al contrario, para Schmitt, el conflicto permanece en los límites de lo político —relación amigo-enemigo— situación que permite la dignidad política del adversario. Esta última razón le basta a Dotti para rescatar los planteamientos de Schmitt en el combate al neoliberalismo en contraposición a los de Marx, puesto que la *clase* en la noción marxista comporta un reduccionismo economicista; en cambio, la revitalización de lo político implica repensar aspectos de las sociedades contemporáneas como el de la democracia y el de la soberanía.

El ensayo que presenta Fontana reafirma la aseveración de Dotti con respecto a la similitud de algunas fuentes y conceptos entre las teorías de Marx y Schmitt. Su intención es mostrar cómo ambos pensadores por diferentes medios trataron de descifrar los supuestos y las estructuras de poder del capitalismo liberal. Pero Fontana va más allá, y encuentra que ambos caracterizan al Estado como centro de conflicto y lucha. Asimismo, al igual que Dotti, la noción de lucha de clases de Marx se asemeja a la antinomia amigo-enemigo de Schmitt, representando en ambos casos lo político, que en un caso lleva a la dictadura roja de izquierda y en el otro a la dictadura negra de la derecha. Para Fontana, Marx y Schmitt son rescatables en la medida en que desafían con sus teorías al pensamiento contemporáneo liberal y capitalista, por lo que sus críticas resultan correctivos bienvenidos, dada la época de triunfalismo liberal y globalización capitalista que vivimos.

Por su parte, Herrera sitúa la lectura que hace Schmitt de Marx desde la perspectiva del controvertido concepto del realismo político, que en ocasiones se funde con la “razón de Estado”. Su interés se centra en la polémica de Lenin contra Kautsky sobre la noción de dictadura del proletariado. Según Schmitt, para Lenin, la guerra y la violencia son partes esenciales de lo político, donde el enemigo de clase es el enemigo absoluto: “los revolucionarios que no saben reunir las formas ilegales de lucha con todas las formas legales son malos revolucionarios” (p. 137). Schmitt,

pues, encuentra en Lenin el aspecto político del marxismo. Pero, según Herrera, en la tradición marxista, Gramsci es el que retoma en toda su problemática el realismo político desarrollando aspectos clave como son la política, la moral, las relaciones de fuerza, etc. En último término, lo que Herrera persigue —consecuencia— de su preocupación de definir lo político sólo a través de un neo-contractualismo— es rescatar los contornos del concepto de realismo político que, ligados a una concepción democrática de la política, intentarían las posibles salidas al problema de la dominación y a la creciente conflictualidad social, puntos centrales en todo orden político.

Desde otra perspectiva sobre Schmitt, Balakrishnan, después de contextualizar a Schmitt en el medio intelectual de su época (su inserción en el medio académico de la sociología alemana y su relación con Weber y algunos miembros de la escuela de Frankfurt), analiza el intento finalmente fallido de Schmitt para arribar a una síntesis que le permitiera un cierre teórico sobre su concepto de lo político. Se ha considerado que Schmitt escribió *El concepto de lo político* como una respuesta burguesa a la teoría de Marx sobre la lucha de clases y a la creciente problemática de la política mundial. El mérito del ensayo de Balakrishnan radica en que propone sacar a la luz profundas antinomias conceptuales que Schmitt elabora con el afán de conceptualizar la grieta que se abre en el sistema político del Estado europeo. Su concepto de lo político y la intensificación del conflicto que en apariencia lleva a percibir al enemigo como malvado, falto de moralidad y con desconocimiento de una vida legítima, lo cual conduce a su aniquilamiento, fue duramente criticado por H. Heller, por lo que Schmitt se vio obligado posteriormente a aclarar que la intensidad de la lucha tenía ciertos límites y ámbitos que no debían traspasar la política, y por lo tanto el enemigo debe ser legítimo y respetado. Sin embargo, para Balakrishnan, si lo político implica un proceso de intensificación, entonces no hay cabida para que la moral o la estética se consideren como la adulteración de lo político. Es más, por medio de esa condición, lo político indica los extremos de la oposición amigo-enemigo, moviéndose por consiguiente fuera de lo político.

Los ensayos relacionados con el tema de la democracia y el pluralismo político son tocados tanto por Scheuerman como por Medina y Mallorquín. Scheuerman afirma que existió una influencia recíproca entre Schumpeter y Schmitt, e incluso que la teoría elitista de la democracia puede verse como una respuesta a la crisis del parlamentarismo que formulara Schmitt. A pesar de las diferencias teóricas —por ejemplo, la alternativa a la democracia liberal moderna es el autoritarismo plebiscitario—, ambos pensadores ven en el racionalismo moderno y en el liderazgo carismático que formulara Weber la salida a la problemática política de las masas incapaces del debate racional y causantes de la decadencia de la política deliberativa. Una de las preocupaciones de Schumpeter era encontrar el control de las masas hostiles hacia toda jerarquía política y social, dado que las demandas de igualdad política y social propias del liberalismo subvierten los principios del gobierno representativo. Ello le insta a formular una alternativa política contraria a la de corte fascista que propone Schmitt; su modelo de circulación de elites es el sustento para la formación de liderazgos políticos. Sin embargo, a juicio de Scheuerman, Schumpeter fracasa. El método “democrático” de Schumpeter es sólo un mito utilizado por las elites políti-

cas para ocultar la lucha descarnada por el poder. La defensa de los derechos civiles y políticos mínimos son necesarios para la circulación efectiva de las elites, práctica que también puede ser aplicada en un régimen fascista. Scheuerman alerta sobre el peligro de la derecha conservadora y autoritaria mediante la influencia "subterránea" de Schumpeter.

Por su parte, Medina y Mallorquín abordan el problema del pluralismo y de la unidad política según la lectura que realiza Schmitt de los pluralistas ingleses G. D. H. Cole, H. J. Laski y J. N. Figgis. La crítica de Schmitt —particularmente hacia Laski— radica en que la negación de la unidad de la sociedad y del Estado y la defensa de la libertad de los individuos para formar asociaciones acordes con propósitos y funciones específicas, no insta a los individuos a sentir una lealtad y obligación para con el Estado. Para Schmitt, el deber ético de la masa hacia el Estado se trastorna en aras del individualismo y de la pertenencia y acatamiento a las diversas asociaciones que por libre determinación el individuo eligió, problematizando así el orden y la unidad estatal. A pesar de su crítica, varios de sus escritos aceptan la idea de que el concepto de lo político implica nociones pluralistas. Sin embargo, el ensayo de Medina y Mallorquín aporta un punto fundamental de reflexión para la comprensión de nuestras sociedades contemporáneas: el conflicto. El pluralismo político inglés defendía la idea de que el poder debe democratizarse y desconcentrarse, en lo que no visualiza problema alguno, ya que una pluralidad de identidades sin límites, que puede tener como consecuencia suscitar conflictos, tiene solución si se asume la hegemonía de ciertas reglas del juego. Por su parte, Schmitt percibe la heterogeneidad y el conflicto a través de la relación amigo-enemigo, siendo su respuesta una entidad política unitaria y homogénea, es decir, un Estado cualitativo total. No obstante las diferencias, ambos concluyen que las identidades, al igual que el orden social, no están previamente determinadas, más bien nacen del antagonismo y de la lucha; sin embargo, la reducción schmittiana amigo-enemigo tiende a perder la especificidad del fenómeno de lo político, puesto que no puede estar preconstituida la intensidad del conflicto.

En esta antinomia amigo-enemigo es donde cabe ubicar el ensayo de Hirst: Schmitt reconoce el conflicto y la toma de decisiones definitivas a través de la relación amigo-enemigo. Sin embargo, su objetivo central es el mantenimiento del orden y la estabilidad. En el tema del decisionismo, Hirst subraya el hecho de que la preocupación de Schmitt por el orden lo lleva a determinar que lo político no requiere discusión, solamente decisiones. En situaciones de conflicto, el liberalismo impone conservadoramente las reglas del derecho y la aplicación de la ley; sin embargo, cuando Schmitt afirma que "soberano es aquel que decide en casos de excepción", significa que las acciones del soberano no pueden sujetarse a las leyes, particularmente cuando está en riesgo la existencia del Estado, dejando en manos del soberano decidir si la situación es normal o requiere de la excepción al estado de derecho, a fin de mantener el orden. Éste es el punto sobre el que nos alerta Hirst: los Estados operan constitucionalmente conforme a las leyes, las agencias gubernamentales se sujetan a una normatividad, pero los Estados contemporáneos cada vez en mayor medida actúan en forma extra legal, sin sujetarse a ese control político que emana de sus constituciones o de la política internacional, propiciándose una "perspectiva perpetua de

un estado de excepción”, siempre cobijada con la política secreta de las naciones poderosas.

Y a propósito de la constitución, Kalyvas y Bolsinger rescatan ese tema analizado ampliamente por Schmitt. Ambos coinciden en que Schmitt fue determinante al diferenciar “la norma” de “la excepción”, pero mientras que para Bolsinger lo central es la discusión entre la teoría constitucional y la teoría política sobre los poderes de emergencia en situaciones políticas extraordinarias, para Kalyvas, la teoría constitucional de Schmitt va más allá y busca librarse del enfoque monopólico que le ha dado el liberalismo, a fin de darle una orientación democrática (en el sentido del “pueblo consigo mismo”). Bolsinger encuentra en el Estado moderno ese acotamiento al constitucionalismo liberal, pero reconoce junto con Schmitt que en épocas de crisis existen medidas de emergencia que tienden a debilitar la base constitucional, rompiendo con el marco legal a fin de asegurar su continuación, por lo que legalidad e ilegalidad son una unidad funcional para el Estado. Kalyvas, por su parte, argumenta que en Schmitt la Constitución es resultado de la decisión del poder constituyente del pueblo soberano sobre su existencia política; es el primer momento de la democracia donde el pueblo mantiene una identidad consigo mismo y la legitimidad de sus acciones están por encima de legalidad alguna. El segundo momento de la democracia, implica la transformación del poder constituyente en poder constituido sujeto ya a la normatividad constitucional y donde la legalidad junto con la legitimidad requieren mediaciones institucionales para su representación política y para el quehacer cotidiano de la política. Según Kalyvas, dado el fracaso de la representación política parlamentaria y liberal, Schmitt se preocupó por proteger al poder constituyente tanto de sí mismo como de la legislación ordinaria, ya que el poder constituyente sobrevive si está protegido bajo una forma jurídica. A diferencia de Bolsinger, Kalyvas no ve en Schmitt al jurista que sólo buscó establecer un estado de excepción permanente, sino a un acérrimo defensor del constitucionalismo.

Finalmente, podemos concluir, a propósito de Schmitt, que a pesar de la afirmación de Hirst de que el pensamiento político de los autores no debe ser juzgado con base en sus juicios políticos personales, y de las diversas posturas encontradas sobre la obra de Schmitt, el libro que se reseña aquí es recomendable por algunas razones que son compartidas por Medina y Mallorquín: la discusión de temas constitucionales siempre sujetos a controversia dadas las condiciones de crisis política de los estados liberales (particularmente en América Latina), la vigencia del agudo análisis schmittiano sobre el liberalismo y la crisis de sus instituciones, cuyas consecuencias se reflejan actualmente en el creciente saldo de pobreza para millones de personas, aunado a la visualización de la falta y de la urgente construcción de alternativas políticas y sociales que eviten vivir situaciones políticas semejantes a las de la Alemania nazi, específicamente por el regreso al escenario político mundial de fuerzas conservadoras, derechistas y fundamentalistas, y lo más importante, la recuperación de la memoria histórica sobre situaciones que deben ser irrepitibles en cualquier parte del mundo.

Francis Mestries Benquet, *El rancho se nos llenó de viejos. Crisis del agro y migración internacional en Zacatecas*. México, Plaza y Valdés/Universidad Autónoma de Zacatecas, 2002, 107 pp.

SEVERINO SALAZAR*

Un viaje sentimental a través de un libro Francis Mestries Benquet

a Pedro Valtierra,
que ha sabido fotografiar estas tierras.

En el desesperanzado monólogo de un campesino, a la mitad del ensayo que reseñamos, tiene su origen el título del libro: *El rancho se nos llenó de viejos*. Y es casi un enunciado Rulfiano. Podría haber sido dicho por algún campesino de *El llano en llamas* o de *Pedro Páramo*. Juan Rulfo publicó sus dos obras maestras en los años cincuenta y se refería a los acontecimientos revolucionarios y sus consecuencias a principios de siglo. Lo terrible, es que el campesino que cita Francis Mestries —a punto de terminar el mismo siglo— está hablando de una tragedia que no ha terminado de suceder en el campo mexicano. Al parecer, los problemas que la provocaron son insolubles, y ni siquiera se vislumbran formas de ponerles buen fin. Al contrario, se diría que empeoran.

La voz de ese campesino es la de un plañidero que quedó olvidado en medio de un escenario desolador, casi al final de la representación teatral, casi a oscuras (empantanado en los estudios, las tesis, las estadísticas, las cifras, las encuestas, los programas de desarrollo, el fracaso de los Procampos, etc.) y que fue olvidado por los que se fueron. Como al final de una tragedia griega —sólo que aquí sin el beneficio purificador y humano de la catarsis— este campesino hace un recuento de los daños. O bien podría ser el personaje mismo del cuento “Nos han dado la tierra” de Rulfo.

El libro de Francis Mestries es un libro hermoso —dentro de lo terrible y desalentador de su contenido— pues narra, expone y analiza, sirviéndose de las herramientas y los discursos de las ciencias sociales, los complejos mecanismos de un drama humano, de una colectividad muy específica y localizada en ciertas regiones de la geografía zacatecana, o mejor dicho, en toda ella. Se trata también de un drama telúrico, puesto que intervienen las fuerzas invisibles y siempre presentes de la tierra y el cielo; la aridez de la primera, y las sequías o inundaciones que por temporadas provoca el segundo. Y aquí van incluidos los animales en abundancia: el ganado, las yuntas de caballos o burros, gallinas, puercos; y todos los demás. Seres menores que comparten su destino con los zacatecanos. *El rancho se nos llenó de viejos* es un

* Novelista y profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco.

relato, y más en particular, una metáfora, una épica ai revés, lo que se ha dado en llamar una “antiépica”. Y los temas y motivos de este texto vendrían a ser la migración de campesinos, el abandono del campo que los vio nacer —pero que no les puede dar de comer— para ir en busca de nuevas oportunidades de desarrollo, el sincretismo resultante en sus aspectos positivos y también en los más sórdidos y destructores. Y esta aventura se lleva a cabo corriendo muchos riesgos, como abandonar su cultura, dividir la familia, perder amigos y familiares. Incluso, perder la vida misma.

Los hechos y los datos son concretos: estadísticas, tasas de crecimiento poblacional, corrientes de inmigración y de emigración, caídas y cambios en la producción agrícola de ciertas regiones, enajenación de las parcelas de cultivo, enumeración de municipios expulsores, flujo y circulación de dólares en el estado, inflaciones regionales, incrementos en las tarifas de los coyotes que ayudan a los inmigrantes a cruzar la frontera; pero también se habla del efecto del “American Dream” en el imaginario popular: fantasías y realidades que entran en conflicto una vez que se ha llegado a la meta que se halla en Los Ángeles o en Chicago, y en muchos otros lugares de la Unión Americana. A partir de toda esta información, y de mucha más, desde luego, y después del análisis y de pasar por la criba de los métodos de la sociología, se reconstruye el dificultoso peregrinar de estos seres humanos expulsados de (y por) su tierra, con la carga de su cultura y su particular filosofía de la vida a cuestas; en una palabra, la problemática existencial de los nómadas zacatecanos. Me pregunto a medio libro: ¿y los zacatecanos no somos nómadas desde que éramos chichimecos?

Todos los aspectos de la dinámica migratoria mencionados y analizados en el libro no son más que una taxonomía de significado simbólicos y literarios con los cuales interpretamos la aventura de vivir de este grupo de seres humanos. Cada pieza de la información que contiene *El rancho se nos llenó de viejos* muestra un abanico muy completo y elaborado de la composición humana del migrante: su filosofía de la vida, su posición en el mundo y su visión de Dios; del ocio, del concepto de familia y de solidaridad y conflicto con sus iguales; en una palabra, nos revela la configuración de su alma.

Es un libro entrañable por muchas razones, pero para mí especialmente por dos: en primer lugar, porque soy zacatecano, y en segundo, porque soy escritor de novelas y cuentos que tienen como escenario el campo zacatecano, y como personajes a los hombres, mujeres, niños y animales que lo habitan, ya sea permanentemente o por temporadas; es decir, la materia prima del estudio de Francis Mestries.

Con datos y estadísticas “científicamente” manejados y probados, el autor nos muestra una realidad que, por conversión, es metafórica; por medio de la traducción literaria de esos datos y de esa realidad que nos toca hacer como lectores, el autor nos enseña otra realidad, aunque subjetiva, más profunda y esencial: la de la existencia, de lo que se tiene que hacer para proporcionarle satisfacción a una necesidad humana, es decir, darle un sentido a la vida.

El propósito de estos párrafos es una invitación a la lectura de *El rancho se nos llenó de viejos*; uno no tiene que ser especialista para leerlo y sacar provecho de él.

No está de más insistir: las técnicas con las que está estructurado el ensayo corresponden a las ciencias sociales, pero entre líneas podemos leer el discurso subyacente, implícito, subterráneo, del drama humano. Y como recomienda el filósofo clásico: “nada humano nos debe ser ajeno”.